

EL CUADERNO ROTO

por

JOSE GARCIA NIETO

SALIMOS del libro de Marino Gómez-Santos «Pensando en Baroja». Hemos tenido una vecindad viva y crujiente, que es la que proporciona todo lo que se origina en la autenticidad. También en la sencillez. Porque si ahora nos imaginamos un visitante de Baroja lleno de resabios y de «previos conocimientos», vemos claro que nos podríamos encontrar con un libro mucho menos interesante. Y es que se diría que a cada escritor, a cada artista, hay que acercarse con el módulo, con la médula, de su talante. Marino Gómez-Santos—no lo presumía entonces—ha sabido estar cerca de don Pío, y el gran novelista ha correspondido a su postura. La llegada del muchacho joven, devoto ante el escritor consagrado y mayor, pero, por otra parte, usando de una grácil y bien recibida confianza, tenía que resultar grata a Baroja, siempre ávido de primeras materias, de descubrimientos anímicos y afectivos sin contaminar.

Así pasamos por estas páginas como si hiciéramos una larga visita al escritor, de la que ni él ni nosotros saliésemos defraudados o aburridos. La elegancia de don Pío—de la que habla Sánchez Mazas en este libro y que agudamente subraya Gómez-Santos—se prueba bien en estas reflexiones, tan aparentemente domésticas, tan dichas como en voz baja, como si nadie las fuera a repetir jamás. No hay una frase enfática ni una observación enojosa o impertinente, porque hasta cuando el novelista nos puede parecer injusto en sus puntos de opinión habla con esas atenuaciones tan suyas—«creo yo», «me parece a mí», «a mi juicio»—que liman su discurso de todo rigor o aspereza. Y hasta cuando resulta más tajante o agresivo parece que le estamos oyendo respirar; no hay doblez ni malicia en su intención, sino necesidad de manifestarse.

De pronto, lo bello, o lo profundo, o lo más indudablemente poético salta de su conversación como salta de sus prosas, y queda ahí en un aire que no parece suyo ni nuestro, pero tampoco de nadie. Ese

Baroja—también sin énfasis ninguno y sin engorroso o suficiente comentario—lo ha sabido fijar en muchos lugares de estas ingravidas y penetrantes páginas Marino Gómez-Santos:

«A mí me gustaría morir en verano—me dijo—, cuando parece que todo está aplastado o dormido por el calor y Madrid se queda solo, albergando a los pobres. Debe de ser bonito eso de morirse en verano, en un cuarto como el mío, que da a un patio de luces. Sí, me gustaría morir en verano, pero que no me llevarán a un camposanto para darme tierra...»

Se murió a las puertas del invierno. En un invierno había nacido. Pero este libro nos deja una luz que no decrece, una temperatura salvadora. Hay que agradecer a Marino Gómez-Santos este don Pío que nos ofrece, naciente cada día, virgen y nuevo en cada palabra, como un agua pasando, cortante, transparente y fría, en una larga jornada del verano.

* * *

GRATITUD muy similar a la anterior es la que debemos a Francisco Garfías por su «Vázquez Díaz». También aquí el poeta se ha acercado al pintor de una manera confidencial y sencilla, como si ese hablar día a día con el artista no fuera primera materia de un libro, de esta «Vida y obra de Daniel Vázquez Díaz» que hoy tenemos en las manos.

Tenía que ser éste un libro «ilustrado». Y así lo ha logrado el biógrafo. Y así los editores. Porque en Daniel Vázquez Díaz la palabra se ha quedado siempre como apuntación provisional, como adelanto o resumen de lo que tenía que decirnos de otro modo, es decir, con su pintura. Muchas veces hemos pensado en esto cuando leíamos sus artículos o sus contestaciones a los cuestionarios que le proponían.

Toda su lección de vida, sus creencias, sus débitos, sus caminos, sus devociones

están ahí, en una pintura que se ha desarrollado de manera frugal y riquísima a un tiempo, sin renunciar a nada de lo que pudiera resultar aleccionador, sin someterse a nada de lo que pudiera prestar servidumbre o mezquindades. Creemos que es hora ya de entender—o de empezar a entender—el magisterio de este pintor. El aire de novedad y de fragante contención que ha sabido traer a la pintura española contemporánea. Algún día habrá que fijar desde este punto de vista una breve serie de nombres que han constituido los pilares sustentadores del arte y de la literatura actuales. Vázquez Díaz tendrá en la serie un lugar privilegiado.

Francisco Garfías lo adivinaba así, y se adelantó a seguir y a escuchar al maestro, persiguiendo sus certezas y hasta matizando sus debilidades. Una delicada mano de poeta se ha posado en la materia que ofrecía el retratado, «el pintor más personal de España, el más vinculado a las líneas esenciales, a una esencia plástica que pasa de lo monumental a lo leve, de lo áspero a lo sutil sin descomponerse, dentro de un mismo acorde de colores fríos, de encuadres simples, de sobrias atmósferas...»

* * *

«**C**ASI en prosa» titula Dionisio Rídruejo. No, no. Todavía en verso. Siempre en verso cuando al verso vuelve este poeta, tildado de retórico por algunos y a veces, y sin embargo, en constante trance y búsqueda de esencialidad.

Ahora, el tema, lo concreto... «Cuadernos de Madison», «Cuadernos de Austin»... ¿Qué más da...? Segovia, Soria, ¿no darían lo mismo...? Poesía de hombre maduro, madurado. Hombredad, intimidad y todo lo demás alrededor: tema, literatura, lo que acaso no importa. Y el poeta lo sabe bien y lo dice muy bien. ¿Qué es el paisaje? El motivo, el argumento, ¿qué son ante la verdadera poesía? ¿Qué es lo ya dicho o lo casi dicho, casi del mismo modo...? Siempre cuando es verdad oímos la voz nueva:

Nuestras vidas, que no son como los ríos
[que van hacia la mar,
sino riberas cansadas del discurso que
[nunca retorna,
fascinadas de ver disiparse el instante
[fluido
mientras en el espejo se abisma la imagen
mirándonos deforme y extrañada
de que aún nos parezcamos mientras nos
[vamos deshaciendo...